

FILMS DE AMOR

EL CANTO
DEL
DESIERTO

John Boles

50 cent

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 16

B A R C E L O N A

El Canto del Desierto

Novela cinematográfica de aventuras
de Otto Harbach, Oscar Hammerstein
y Frank Mandel. Interpretada por

JOHN BOLES

Versión novelesca de E. MOLDES

Música de Sigmund ROMBERG

WARNER BROS

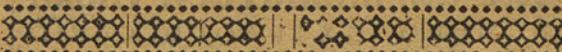
Exclusivas CINAES

Vía Leyetana, 53 *Barcelona*

REPARTO

Pedro Birabeau. JOHN BOLES
Margot Bonvafet CARLOTTA KING
Azurí MYRNA LOY

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA



I

Desierto africano. Dunas. Arenas requemadas por el sol implacable.

Diríase un mar movido por leve oleaje, que se extiende hasta juntarse con el cielo en la línea del horizonte.

Nada rompe su uniformidad. Ni una palmera. Ni un sicomoro.

Sólo a lo lejos, muy a lo lejos, hacia el Este, rozando casi la línea del horizonte, una mirada habituada a otear largas distancias puede descubrir la silueta azulada de una cordillera.

A veces, cuando el "simoun" sopla con alieno abrasador, aquel mar inmenso pierde su calma habitual; se encrespa; se encabrita como un potro salvaje, y formando olas y trombas formidables, finge a la perfección una tempestad en alta mar.

Es entonces cuando tiemblan los camelleros, que conducen un día y otro día largas caravanas a través de las soledades arenosas. Es en-

tonces cuando las tribus nómadas del desierto, grandes jinetes, corren a guarecerse en algún oasis próximo, o al abrigo de las montañas que se divisan en lontananza.

Imposible luchar contra aquel mar embravecido. Todos los que tienen la experiencia del desierto, saben que el único medio de hacer frente al "simoun" con alguna probabilidad de éxito, consiste en tenderse en tierra y cubrirse totalmente el cuerpo hasta que pase la tempestad. Todo depende de la importancia de ésta. Si es breve y poco intensa, puede escaparse del peligro sin otro contratiempo que las molestias consiguientes.

Pero no pocas veces hombres y camellos, caravanas enteras, son materialmente sepultadas por las trombas de arena.

En la desolación de aquel escenario, una figura humana se recortaba sobre el horizonte límpido con perfiles energéticos.

Se le llamaba "La Máscara Roja".

Era todo cuanto de él sabían sus amigos y sus enemigos. Los primeros, eran los nómadas del desierto, que habían encontrado en aquel hombre enigmático una protección evidente y poderosa. Los segundos, eran las tropas francesas, encargadas de llevar la civilización occidental a aquellas zonas inhóspitas.

Creemos excusado decir que nos hallamos en el Marruecos francés. Pero no en el vergel argelino, donde la misión civilizadora es fácil y

amable, ayudada por la fertilidad de la tierra y el bienestar de los habitantes, sino mucho más al interior, dentro ya del desierto del Sahara.

Allí, como una nave cuya proa se hundiese en el océano, adelantaba hacia el desierto su fachada una alcazaba que servía de fuerte a las tropas francesas.

Allí, desde épocas remotas, sólo podían vivir por la soñadura de sus costumbres y la reciedumbre de sus organismos, árabes nómadas, de carácter discoyo y levantino, que excitaba más la vida precaria que se veían obligados a sobrelevar. Eran gentes guerreras por temperamento y por necesidad. Para ellos, la guerra no era solamente el castigo del infiel o la venganza entre gentes de su misma raza; era también el medio de conseguir un buen botín de dinero y de provisiones. Sobre todo de provisiones, puesto que mucho escaseaban en tan desoladas latitudes.

Naturalmente, las autoridades militares de Argelia, conocedoras de la hostilidad de aquellas tribus, aunque no de sus causas, enviaban órdenes con frecuencia a las posiciones de vanguardia para que se emplease con los rebeldes el máximo rigor.

Y cada vez que esas órdenes llegaban, el Gobernador de la alcazaba que hemos mencionado, organizaba una "razzia", que costaba la



Eran gentes guerreras por temperamento

Toda a numerosos indígenas de los alrededores.

Con lo cual, lejos de ganar terreno, se perdía, pues la razón que impulsaba a las tribus a guerrear dejaba de ser la necesidad, para ser el odio.

En tales condiciones, cuando los insurrectos perennes se encontraban más vencidos, más oprimidos, surgió ante ellos el salvador: la Máscara Roja.

Era alto y fuerte. Vestía a usanza árabe y

cubría la mitad de su rostro con un antifaz encarnado, que jamás accedió a quitarse.

Desde el instante que se puso al frente de los rebeldes, la vida de éstos cambió. Dirigiéndolos con táctica de gran general, consiguió para ellos una serie ininterrumpida de pequeñas victorias, que, a pesar de su escasa importancia, bastaban a cubrir con creces sus necesidades.

Sus ataques no se limitaron a los poblados vecinos, donde los rebaños numerosos ofrecían espléndido botín; guiados por su jefe, llegaron hasta la misma alcazaba, con tanta fortuna o tanta habilidad, que más de una vez consiguieron apoderarse de un importante convoy de provisiones, sin que se derramase ni una sola gota de sangre.

A nadie más que a la Máscara Roja se debían tales éxitos, y, sabiéndolo, las cábillas insumisas de aquella zona le veneraban y le querían como a un dios.

三

Acampaban las huestes de la Máscara Roja en un pequeño oasis que se extendía, frondoso y fragante, al pie de las montañas que truncaban, a lo lejos, la monotonía del paisaje. Había allí hierba fresca, canción de agua y árboles de grandes dimensiones, que prestaban a los hombres el fresco regalo de su sombra.

Nada recordaba, en aquel recinto de verdura, el desierto que, como un mar, se prolongaba allí mismo, a pocos pasos de distancia.

Entre aquellos árboles, junto a aquella agua cantarina, se alzaban las tiendas polícromas de los indígenas. La más grande, la más lujosa, la de la Máscara Roja.

Junto a ella, dos hombres hablaban, mientras limpiaban sus armas. Eran: Hassim, de largas barbas grises, irascible y maldiciente, y Mohamed, más joven que él, de ademanes reposados en la paz, lo cual no le impedía echar-

se la espingarda a la cara con prontitud en tiempo de guerra.

Hassin tenía la palabra:

—¡El general Birabeau no encontrará nunca el escondite de la Máscara Roja!

—Aunque lo encontrase, sus hombres no se atreverían a atacarnos en este oasis.

—Así lo creo. En la alcazaba son ellos los más fuertes, pero aquí lo somos nosotros.

—¡La alcazaba! ¡Qué hermoso botín hay allí!

—Sí... Y no es lo menos hermoso la sobrina del general... ¡Qué buena presa para nuestro jefe!

Aun no había acabado Hassin de pronunciar estas palabras, cuando una mano alzó las cortinas de la tienda del jefe del campamento, y ante los dos hombres se presentó la Máscara Roja.

Dirigiéndose a sus subordinados, gritó, con una voz temblorosa de cólera:

—¡Que nadie vuelva a nombrarla! ¡Lo mando!

Quedaron los dos hombres mudos de espanto. Hassim, más taimado que su compañero, se repuso pronto, y acercándose a la Máscara Roja, le dijo humildemente:

—Perdona, Sidi... no sabíamos que te importase esa mujer.

—¿Qué no me importa? ¡La amo! ¡Amo a Margot Bonvalet! ¡Por ella lo haría todo, to-

do... sería capaz hasta de revelarle mi identidad!

—No te creo, Sidi.

—¿Quién se atreve a desmentirme?

—No lo tomes como ofensa... Lo digo solamente, porque a nadie, hasta ahora, has revelado tu nombre.

—A nadie... pero a ella, sí!

Fué ahora Mohamed el que se acercó a su jefe, para decirle con su voz franca, con su palabra lenta:

—Te somos leales, señor... Ten confianza en nosotros y dinos quién eres.

Pareció vacilar un momento la Máscara Roja, y después, mirando a su alrededor, como si temiese que oídos indiscretos pudieran escucharle, dijo en voz baja:

—Vais a saberlo... Pero antes, dadme vuestra palabra de que nunca me descubriréis.

—Lo juramos—respondieron a una Hassim y Mohamed.

—Soy el “tonto” Pedro... hijo del nuevo Gobernador Birabeau.

—¿Es posible?

—Todo es posible en esta vida.

—Entonces, eres tú el que fué maltratado bárbaramente por el antiguo Gobernador Fontaine?

—El mismo.

—Y fuiste maltratado por defendernos a nosotros, los indígenas.

—Así es... El Gobernador Fontaine estaba convencido de que para gobernar las tribus del desierto era preciso una mano de hierro. Todos conocéis sus represiones, que tantas vidas costaron...

—¡Cómo odiamos a ese hombre!—exclamó Hassim.

—Ya es inútil vuestro odio... El Gobierno francés, al tener noticias de sus procedimientos tan excesivamente violentos, hubo de substituirle por mi padre, a fin de empezar a desarrollar una política más pacífica, pero más eficaz.

—Pero, cuéntanos—interrumpió Mohamed—¿por qué te llaman el tonto Pedro?

—Porque me conviene que me lo llamen... A consecuencia de los malos tratos de que me hizo objeto Fontaine mi inteligencia se nubló por algún tiempo; pero no tardó en venir la reacción, y mis facultades mentales volvieron a su curso normal.

—¿Entonces?...

—Entonces, se me ocurrió la idea de seguir representando el papel de “tonto”, para poder desbaratar, con más seguridades de éxito, los planes de Fontaine. Nadie sospechó de mí; se me dejó en la más absoluta libertad, creyéndome inofensivo... Y fué así cómo pude formar la banda que puso freno a sus brutalidades.

—¡Cuánto te debemos, Sidi!

—No es ocasión ésta de recordarlo... Pero

sabed que estoy dispuesto a seguir hasta el final. Ahora, aunque mi padre substituye a Fontaine y ya casi no es necesaria nuestra resistencia, continúo fingiéndome idiota para no abandonar a los hombres que en mí pusieron su confianza.

—Pero, señor, ¿no sabes que el hijo de Fontaine tiene el propósito de casarse con Margot Bonvalent?

—Lo sé.

—Y amándola, como dices que la amas, ¿no piensas impedirlo?

—¡Naturalmente que lo impediré! ¡Aunque para ello tengamos que asaltar la alcazaba!

la sieno vienes a oírme que el país
a evitad que otros en suelo esté una
extensa extensión en su barrio de la
muy fama y muy digna en su casa
que no se acuerda de la que
en el resto de la ciudad, que
regaló una casa en el centro de la ciudad.

III

En aquellos momentos, en el interior de la posición francesa, se celebraba una fiesta extraordinariamente animada. Hallábanse reunidos, en una gran sala de la alcazaba, transformada en "cabaret", todos los oficiales que no están de servicio, y algunas damas, esposas o hijas de los militares.

Subida encima de una mesa, vestida a la última moda de París, y con una teresiana sobre su melenita rizosa, una linda joven de unos veintidós años, cantaba con gracia bulevardera un cuplet picaresco, que era coreado con entusiasmo por los oficiales que allí se encontraban.

Era aquella joven Margot Bonvalet, la sobrina del Gobernador de la posición.

Hacía apenas unas semanas que había llegado de París, y su alegría de pájaro no encontraba el marco adecuado en el ascetismo de la

vida militar en campaña. Echaba de menos "su" París, los estrenos, los salones de té, las "soirées" de su mundo. Se aburría, en una palabra. Y por eso, de vez en cuando, para no ahogarse, para no caer en la neurastenia, necesitaba abrir, como ahora, la válvula de escape de su alegría y de su vitalidad.

Se hallaba la fiesta en su apogeo, cuando, sin ser visto por nadie—tan embebidos se hallaban todos contemplando a Margot Bonvalet—, se presentó en la sala el general Birabeau, Gobernador de la posición.

Era viejo; pero un viejo erguido, de musculatura hercúlea, de paso seguro; un viejo que podría pasar por joven sin la delación de sus cabellos blancos.

El pensar de tener un hijo imbécil—su único hijo—, ponía en su semblante una perenne sombra de tristeza; le hacía ser más severo, más inflexible con sus subordinados; le servía de acicate para perseguir con ensañamiento a la Máscara Roja. Pero era bondadoso. Si alguna vez, en un momento de ira, trataba a alguien con rigor, después, al venir la reflexión, venía con ella la benevolencia.

Por eso le querían sus oficiales, y las tribus indígenas le respetaban, pero no le odiaban.

Avanzó hasta el centro de la estancia, sin que su presencia fuese advertida. Ya allí, fué visto por los oficiales, los cuales se cuadraron militarmente. Un segundo después Margot Bon-

válet dejaba de cantar, contagiada del respeto general, y se quedaba un tanto cortada, sin saber si echar la cosa a broma o ponerse seria, como los oficiales que la rodeaban.

El general Birabeau miró a sus oficiales, miró a Margot, miró a las damas que lucían allí sus vestidos de noche, temiendo sin duda que se les apolillasen en el fondo de sus baúles. Después exclamó:

—Señores, ¿esto es un fuerte, o un “cabaret”?

Nadie replicó. En el silencio absoluto de la sala podria oírse el vuelo de una mosca. El general esbozó uno de sus gestos violentos:

—¡Salgan todos!

No se hicieron repetir la orden los oficiales —jóvenes en su mayoría—, y, atropellándose, para escapar cuanto antes a la mirada inquisitiva del general Birabeau, ganaron las puertas de salida.

Quedaron solos en la gran sala el Gobernador y su sobrina. El general, ayudándola a descender de la mesa que le había servido de tablado, la increpó:

—¿Te parece correcto lo que estás haciendo? ¡Echándome a perder a los oficiales!

—¡Tío, por Dios!—respondió ella.— ¡Si lo que haciamos no podía ser más inocente!

—¿Llamas inocente a evocar en este fuerte una “cave” de Montmartre?

—¡Ah, Montmartre!... ¡Quién pudiera estar allí!

—¿Tan mal te va entre nosotros?

—No es que me vaya mal, tío; es, sencillamente, que me aburro. Reconocerás conmigo que la contemplación cotidiana del desierto no es un espectáculo muy ameno.

—¿Y Pablo?

—Ahi está, precisamente, la causa de mi aburrimiento!

—No te entiendo...

—Cuando vine aquí, te confieso que vine ilusionada... Aquí estaba Pablo Fontaine, mi novio; aquí estaban las inmensas soledades del Sahara, los camellos, las caravanas, los árabes nómadas, rebeldes a toda disciplina... Era un cuadro sugestivo. Yo creía que Pablo me enseñaría a amar el desierto, me haría gustar la poesía de las noches de luna...

—¡Tan romántica como siempre!

—Pero en cuanto llegué, me di cuenta de que a Pablo no le importaba yo en primer lugar, sino su idea fija: prender a la Máscara Roja.

—Pablo Fontaine es un soldado, no un Romeo.

—¡Eso es, precisamente, lo que le critico! Creo que en tal terreno podría darle muchas lecciones ese que vosotros llamáis foragido.

...Cada noche entra en la habitación de Margot, que es la más grande del cuarto, y se sienta en el lecho antiguo de dosel. Gran ventanal que cae sobre el jardín.

IV

La habitación de Pedro Birabeau, el hijo del general, en la alcazaba. Confort. Lecho antiguo de dosel. Gran ventanal que cae sobre el jardín.

Por ese ventanal acaba de introducirse en la habitación una mujer semidesnuda. Sus facciones, bellas, delatan la raza indígena, pero no pura, sino mezclada con sangre blanca.

Es Azuri, la mestiza, temida y respetada por su lengua de víbora entre las tribus que rodean el fuerte.

Avanza sigilosamente, mirando a todos lados, como temiendo ser descubierta, y se dirige a un mueble, sobre el que se ven dos retratos: uno de Margot Bonvalet, con una dedicatoria de su puño y letra, que dice lo siguiente:

"A Pablo,
de Margot.
Con amor."



Es Azuri, la mestiza

El otro retrato es de un oficial en campaña: Pablo Fontaine, capitán de las tropas francesas. Un rostro inexpresivo. Si algo se descubre en él, es la jactancia, el orgullo de raza.

Azuri se acerca al mueble, toma los retratos en sus manos, confempla el de Pablo con embellezo, y se muerde los labios de rabia y de despecho al ver el de Margot y su expresiva dedicatoria. Después, con un gesto de ira, extrae de su faja un pequeño puñal y rasga la fotografía de la sobrina del general. Se com-

prende que lo mismo haría con la propia Margot, si no temiese las represalias.

De pronto, Azurí se oculta, acurrucada junto al gran lecho.

Acaba de oír en el jardín, bajo la ventana, pasos y voces. Un momento después entra en la habitación la Máscara Roja, seguida de Mohamed, el más fiel de sus hombres.

Hablan en voz baja. Mohamed, con un ligero temblor en la voz, dice a su jefe:

—¡Los soldados nos han visto, Sidi... arriesgas tu vida!

—No hay otro medio. Necesito ver a Margot... no puedo vivir sin verla...

—Pero, ¿y tu padre?... ¡Si llegase a descubrir que su hijo es la Máscara Roja!...

—No lo descubrirá, tranquilízate... Tú huye ahora por la ventana, pues los soldados vendrán por la puerta. Y no te inquietes por mí. Hoy, como siempre, burlaré a los que me persiguen.

Mohamed salta desde el ventanal al jardín. En su escondite, Azurí sonríe, agradeciendo a la casualidad el secreto que le ha revelado y que es en sus manos un arma temible.

Con rapidez, la Máscara Roja empieza a despojarse de su antifaz, de su alquicel. Es tiempo ya. Fuera, al otro lado de la puerta, se oye ruido de pasos, de armas, de voces.

El capitán Fontaine, con el revólver en la mano, seguido de un escuadrón de soldados,

registra la casa. Se da más importancia por hallarse junto a él Margot Bonvalent, que, ajena al peligro que corría, tomaba el fresco en la terraza.

Pablo, sin dejar de buscar por todos los rincones, le dice:

—¡Ha entrado aquí la Máscara Roja! ¡Yo la he visto! ¡Yo! ¡Ha penetrado por la habitación de Pedro!

—No es posible... Yo estaba aquí, y no he visto a nadie.

—Aunque no le hayas visto, está aquí, aquí! Y no se me escapará!

Adelanta el capitán Fontaine hacia la habitación de Pedro, con el revólver empuñado. El general Birabeau, que acaba de entrar, enterado de lo que ocurre, se le une en el ademán. Apuntan los soldados con sus fusiles. Y en aquel instante la puerta se abre.

Pero en el vano, en vez de la figura de la Máscara Roja, aparece Pedro Birabeau, sonriendo con su sonrisa de imbécil. El general se dirige a él:

—¿Dónde está ese bandido? ¡Se le ha visto entrar en tu habitación!

Y Pedro, acentuando su gesto de idiota, contesta:

—Te aseguro, papá, que no hay nadie en mi habitación.

Pablo Fontaine ahoga un juramento. Está seguro que "aquel imbécil" le ha espantado la

pieza en el preciso momento que iba a encanionarla.

Antes de salir, empuñando aún el revólver, abraza a Margot y le dice:

—¡Yo te prometo que antes de una semana estará en nuestro poder la Máscara Roja!

Y Pedro, adelantando hasta situarse detrás de Margot, pone a la frase brava de Fontaine un comentario:

—Sería gracioso que la Máscara Roja oyese eso...

El general le impone silencio con un gesto, mientras que Pablo, despidiéndose de Margot, sale de la estancia con aire de conquistador.

Pedro le grita cuando ya va lejos:

—¡Buena suerte, Pablo! ¡Espero que no volverás sin ese fantasma!

Entonces Margot se vuelve hacia él, y por un instante le parece ver en el rostro de su primo un destello de inteligencia, en sus palabras un matiz de ironía.

Le pregunta:

—¿Acaso sientes envidia de Fontaine?

—No conozco la envidia, Margot—responde Pedro.

La luz que por un momento brilló en sus ojos, ha desaparecido. Margot, al comprobarlo, tiene un gesto de desaliento, de vencimiento...

Va a la terraza y se sienta en un sofá. Pedro la sigue. Están los dos solos. El general Bira-



— ¿Acaso sientes envidia de Fontaine?

beau se ha marchado casi al mismo tiempo que Pablo y sus soldados.

—Margot... yo... quería decirte...

Ella adelanta el busto hacia él, como si quisiera beber sus palabras, como si quisiera animarle, prestarle algo de su vivacidad y de su inteligencia.

—¿Qué es lo que quieras decirme, Pedro?

—Nada... nada...—responde el mocetón; y se deja caer en una butaca.

Margot va hacia él.

—Si me confiases tus preocupaciones, quizá yo pudiera ayudarte...

—¡Qué le importan a nadie mis preocupaciones!...

—Tú sabes, Pedro, que siempre te he tenido cariño.

—¿Es decir... que crees en mí, Margot?— pregunta Pedro, casi olvidado de su papel de tonto.

Otra vez ha vuelto a brillar en sus ojos la luz misteriosa de la inteligencia, y otra vez esa luz es advertida por Margot. Pero es un relámpago nada más. Nuevamente el rostro de Pedro expresa la estulticia, la incomprendición.

Y Margot, con una voz en la que lloran muchas ilusiones muertas, responde:

—Creería en ti... si fueses un hombre...

Caía la tarde, cuando Pablo Fontaine regresaba al fuerte después de haber recorrido infructuosamente los alrededores en busca de la Máscara Roja.

Al llegar a la alcazaba, el sol se ponía tras los muros de la posición, iluminando unas nubesillas con una luz grana.

En el patio, arrimada contra el brocal del pozo, estaba Azuri, la cual, al ver llegar a Pablo Fontaine, corrió a su encuentro, echándole los brazos al cuello.

El, apartándola, pues allí, donde podían sorprenderle los ojos del general Birabeau o de la propia Margot, no le convenían tales intimidades, exclamó:

—¡Cómo, Azuri!... ¿qué haces aquí?

—Azuri ha venido a verte...

—¡Podías haberte ahorrado la visita!

—¡Ingrato!

V

—Sabes de sobra que no me conviene que te vean aquí... y mucho menos que lleguen a averiguar la clase de relaciones que nos han unido...

—Merecías que te obedeciese... Pero Azuri te quiere bien, a pesar de tu ingratitud, y no se marchará sin decirte lo que ha descubierto...

—¿A qué te refieres?

—A la Máscara Roja.

—¿Qué es lo que sabes de ese bandido?

—Su nombre.

—¿Su nombre?

—Sí.

—Dímelo... ¡pronto!

—Antes has de prometerme que renunciarás a esa cristiana.

No pudo contestar Pablo Fontaine. El general Birabeau acababa de penetrar en el patio, y al reconocer a la mestiza, avanzó hacia ella, diciéndole:

—¡Azuri... te tengo prohibido terminantemente traspasar las murallas de este fuerte!

Con un gesto insolente de pilluelo, la mestiza se abrazó a Fontaine, y encarándose con el general, le gritó:

—¡Azuri no dejará que se le escape el hombre que ama!

—¡Sal de esta posición!

—¡No!

—Es mi último aviso... Sal de grado, si no quieres salir por la fuerza.

Entonces la mestiza se encrespó, arrojó veneno por los ojos, por la boca, como una víbora a la que pisasen la cola.

—¡Eres tú quien me provoca... quien despier-
ta mi odio!

—¡Vete!

—¡Me voy! ¡Pero no olvides esto: cuando alguien hace daño a Azuri, Azuri encuentra siempre el modo de vengarse! ¡Y Azuri tiene en sus manos el medio de vengarse del general Birabeau!

Y la mestiza salió de allí, riendo con una carcajada sardónica, que hacía daño.

El general puso su mano sobre el hombro de Fontaine, y le dijo:

—Será mejor que se aleje usted por una temporada. Esa mujer es temible de veras.

—Haré siempre lo que usted mande, mi ge-
neral.

—Creo que si se lo pidiese usted a Margot, ella le acompañaría... en viaje de novios se entiende.

—Para eso, lo primero que habría que hacer —interrumpió una voz femenina a espaldas de los dos hombres—, sería consultar a la novia.

El general y Pablo se volvieron. Margot es-
taba a la puerta del patio, vestida con traje de
amazona y empuñando una fusta.

—¡Ah!, ¿estabas tú aquí? —dijo el general,

—Acabo de llegar en este momento, y he oido las últimas palabras de vuestra conversación.

—¿Y qué te parece mi plan?

—¡Oh!, eso ya lo hablaremos detenidamente Pablo y yo.

Se dirigieron al interior de la alcazaba, y atravesando salas inmensas y recorriendo pasillos interminables, llegaron a la estancia contigua a la terraza, donde aquella tarde se había presentado con sus soldados el capitán Fontaine, persiguiendo a la Máscara Roja.

Ya allí, le preguntó Pablo a Margot:

—¿Cómo es que vas con traje de montar?

Ella, señalando al firmamento, donde brillaban ya las estrellas, replicó:

—¿No has advertido que hay una hermosa luna esta noche?

—No había reparado en ello, la verdad.

—Pues yo sí; por eso voy a saborearla plenamente.

—Margot es algo romántica—terció el general—; tendrá usted que imitar a la Máscara Roja, si quiere conquistar su corazón.

Se echaron a reír los dos hombres, y Margot, un poco picada por aquellas risas, no pudo menos de replicar:

—Nadie puede imitar a la Máscara Roja. Los aventureros nacen... no se hacen.

En aquel momento se oyó un gran ruido en la habitación de Pedro. Todos corrieron allí, y encontraron al joven tendido en el suelo cuan largo era. Según pudieron averiguar por sus explicaciones medio incoherentes, había resbalado en el momento que iba a salir para ofrecer a Margot un ramo de flores.

Ya están a la venta

La Colección de tarjetas postales
que usted deseaba:

**LOS DIEZ MÁS SUGESTIVOS BEISOS POR
LOS ARTISTAS MÁS SIMPÁTICOS**
Colecciones de 10 postales 2 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.

VI

La noche había cerrado completamente. Margot no había salido. El incidente estúpido de la caída de Pedro había desviado el curso de sus pensamientos, alejándola de la contemplación de la Naturaleza, para entregarse a otra contemplación más íntima: la de su propio espíritu.

Se examinó; recorrió, provista de la linterna de la razón, hasta los más oscuros rincones de su alma.

¿Estaba enamorada de Pablo Fontaine? ¿Podía llamarse amor aquella indiferencia con que ella escuchaba sus frases jactanciosas, con que le veía partir hacia el peligro?

No; no estaba enamorada de Pablo Fontaine. Lo había conocido ligeramente en París; se hablaron unas cuantas veces, y él le pidió relaciones. Por aquel entonces, Pablo aparecía ante ella aureolado de cierto prestigio heroico.

Era un militar joven, que, a pesar de su juventud, mostraba una brillante hoja de servicios. Además, él había solicitado que lo trasladasen a aquella posición de avanzada, donde (por lo menos así lo afirmaba él ante sus amistades de París) había que jugarse la vida a cada paso.

Margot, poco habituada al trato de "héroes", tuvo la sensación de un deslumbramiento. Le vió partir con las lágrimas en los ojos. Le siguió en su viaje con las alas de la imaginación, en ella tan poderosas. Después, cuando le supo en el Sahara, sufrió mucho, temiendo que cada carta le trajese la noticia de su muerte.

Sus nervios no podían resistir esa inquietud constante. Entonces se le ocurrió escribirle a su tío, el general Birabeau, rogándole que la dejase pasar una temporada en la posición. Y cuando estuvo allí, vió que el peligro no era tan grande como lo había pintado el capitán Fontaine.

Fué aquella la primera desilusión, a la que siguieron otras muchas.

Pablo Fontaine ya no se le aparecía rodeado de la aureola de los héroes, sino que lo veía como un hombre perfectamente vulgar, preocupado únicamente con la idea de perseguir a la Máscara Roja, que cada día se burlaba de él muy donosamente.

¡No, no estaba enamorada de Pablo Fontaine!

Pero, entonces, ¿de quién estaba enamorada?

Porque ella sentía en su alma esos anhelos vagos, esa sed de poesía, esas ansias de besar y de acariciar que caracterizan al amor.

¿Acaso Pedro Birabeau, su primo, sería el favorecido?

Sonrió tristemente.

¡Pobre Pedro! ¡Tan bueno, tan digno de ser amado! Pero aquella desgracia, aquellas nubes que enturbiaban su inteligencia...

No; tampoco estaba enamorada de Pedro.

¿Pero, de quién, entonces, de quién?

Escudriñó, implacable. Y allá, en los últimos rincones de su alma, como escondida, como avergonzada, halló la respuesta.

¡Estaba enamorada de la Máscara Roja!

Y como si, en efecto, fuese un fantasma, un ser sobrenatural, la Máscara Roja se presentó ante ella, al conjuro de su pensamiento.

Acababa de trepar ágilmente por una de las columnatas que sostenían la terraza, e inclinándose, en una reverencia árabe, dijo así:

—Leo en tu pensamiento, cristiana. Tu espíritu está lleno de deseo de vivir aventuras... Yo te aseguro que tu deseo se verá satisfecho.

Mucho sorprendieron a Margot estas palabras y la presencia allí mismo, a su lado, del hombre que tan encarnizadamente perseguido era por los defensores de la alcazaba. Pero más aún le sorprendió su voz. Aquella voz no le era desconocida; es más, le era familiar.. . ¿Dónde había oído ella aquella voz?



—d Máscara Roja intentó tomar en sus brazos a Margot

Hizo un esfuerzo de memoria sin ningún resultado positivo, y entonces, fingiendo un desenfado que estaba muy lejos de sentir, respondió:

—Veo que confías mucho en tú poder...

—De mi poder estoy seguro. ¡Soy el Señor del desierto!

—¡Bah! ¡Pobre señorío el tuyo, tan hellado por los cascos de los caballos enemigos!

—Dices bien... Pero ven conmigo al desierto, y yo te prometo que nadie conseguirá arrancarte de mis brazos.

—¡Irme contigo?... ¡No creas que mi afán de aventuras me ha hecho perder la razón!

—¡De todos modos, vendrás!

—¡No iré!

—¡Vendrás, porque te amo!

Y la Máscara Roja intentó tomar en sus brazos a Margot. Pero gritó ésta, y el jefe de los rebeldes no tuvo más remedio que huir.

Cuando llegaron junto a Margot Pablo Fontaine y el general Birabeau, ya el foragido había conseguido montar a caballo y se alejaba, al galope, de la alcazaba.

—¿Qué sucede? — preguntó el general —; ¿por qué gritabas?

—¡La Máscara Roja estaba aquí!

—¿Aquí? — exclamó Pablo, sin querer dar crédito a lo que oía.

—Sí... Huyó cuando yo grité.

—¡Ah! ¡Ese bandido no se me escapará esta vez! ¡Yo lo mataré!

Y Pablo Fontaine se dirigió a la puerta, con la intención de seguir de cerca las huellas del fugitivo. Entonces se demostró una vez más la versatilidad del carácter femenino.

Margot, al darse cuenta de que Pablo iba a seguir a la Máscara Roja, iba a alcanzarle, quizá, corrió hacia él, y echándole los brazos al cuello, le suplicó:

—Déjale escapar, Pablo... por esta noche nada más...

—¡No, de ningún modo! ¡Es la ocasión de

apoderarse de ti, y no quiero desaprovecharla!

—¡Hazlo por mí!

—Pero, ¿por qué ese interés?

—Ya comprenderás que no es por él, sino por ti... Temo que... que te mate.

—No temas nada. ¡Estoy seguro de que seré yo quien lo mate a él!

—No salgas, Pablo, te lo ruego.

—Perdóname, Margot... pero me estás haciendo perder un tiempo precioso...

Y Pablo dió unos pasos hacia la puerta. Pero su prometida siguió reteniéndole con el lazo tentador de sus brazos.

—Si renuncias a perseguirlo, me casaré contigo cuando quieras.

—¿De veras?

—Esta misma noche, si tienes empeño en ello.

El capitán Fontaine se guardó el revólver en la funda, con un gesto de renunciación.

—No me explico bien este capricho, Margot... pero no puedo negarme a complacerte, puesto que accedes a ser mi esposa.

VII

Corrió la noticia con la rapidez del fuego sobre un reguero de pólvora. Margot Bonvalet se casaba con el capitán Fontaine.

En la vida monótona de la posición, tan falta de novedades que comentar, hubo un agradable tema de conversación, y con motivo de la próxima boda se organizaron festejos, en abundancia, que rompieron por unos días el tedio de los habitantes de la alcazaba.

El general Birabeau, en atención a su sobrina, "hacía la vista gorda", y los oficiales, al comprobarlo, dejaban a un lado la abstinencia y se entregaban al placer de vaciar los barriles de vinos de Francia que había en el fuerte, muchos de los cuales estaban allí desde los tiempos del anterior Gobernador.

Fiestas. Canciones. Bailes.

Se permitía, sin trabas, el acceso de los indígenas a la alcazaba, a fin de que las ágiles muchachas africanas pudiesen interpretar sus danzas complicadas para recreo de oficiales y soldados.

Y así se deslizaban los días, en una fiesta perpetua,



Festas, canciones, bailes

Mientras tanto, ¿qué hacía la Máscara Roja?

Su cuerpo seguía en la alcazaba, en la persona del tonto Pedro, pero su espíritu estaba en el oasis lejano donde acampaban sus hombres, esperando las órdenes de su jefe para actuar.

Cuando ya habían transcurrido tres días de festejos en la posición, Pedro obtuvo licencia de su padre para ir a pasar unos días a Túnez, y al atardecer del cuarto día salió del fuerte, montado a caballo, y alejándose del

desierto, buscó los caminos que conducían hacia terreno civilizado.

Pero solamente se trataba de una maniobra para despistar. No bien la noche hubo cerrado por completo, Pedro se apeó del caballo, tomó un pequeño lio de ropa que llevaba oculto bajo la silla del caballo, y unos momentos después aparecía vestido con el disfraz de la Máscara Roja.

Volvió a montar a caballo y se puso a desandar el camino que había recorrido. Fueron quedando atrás los angostos caminos que las tropas francesas habían abierto a la civilización, y el desierto se extendió otra vez ante él.

Con lentitud, pues los cascos de su cabalgadura se hundían en la arena movediza, anduvo y anduvo, hasta que las montañas cuyas siluetas se recortaban vagamente en el horizonte, estuvieron cerca de él, y más cerca aún las frondosidades del oasis.

Sus hombres salieron a recibirlle, y cuando se vió rodeado de sus fieles partidarios, la Máscara Roja les dijo:

—He venido, porque ahora es el momento de atacar la alcazaba con probabilidades de éxito.

—Pues, qué sucede?—preguntó Hassim.

—Es que no estáis enterados de nada?

—No hemos salido del oasis desde que tú nos dejaste hace cuatro días, Sidi—respondió Mohamed.

Hizo la Máscara Roja retirarse a sus tiendas

a todos los hombres que habían salido a recibirlle, excepto a Hassim y Mohamed, y cuando se hubo quedado solo con éstos, les dijo:

—Pues sabedlo; Margot Bonvalet va a casarse con el capitán Fontaine.

—¿Y tú vas a consentirlo?

—¡Naturalmente que no, ya lo sabéis! Por eso he venido... este es el momento de apoderarnos de Margot. Las fuerzas de la posición nos han olvidado por completo; se vive allí solamente para las fiestas y las diversiones... No encontraremos oportunidad mejor para dar ese golpe de mano.

—¿Sabes lo que arriesgas, señor?—preguntó Mohamed.

—Puede fracasar el golpe... puedes caer prisionero—añadió Hassim—; entonces tu padre te reconocería...

—Sé lo que me juego... pero no puedo dejar que Margot pertenezca a otro hombre. *Estáis dispuestos a seguirme?

—¡Siempre, y a donde vayas!—respondieron a coro Hassim y Mohamed.

—Entonces, para evitar que haya derramamiento de sangre, vamos a hacer salir a los hombres de la posición. Cuando estén fuera, asaltaremos nosotros la alcazaba y raptaremos a Margot.

Nada tuvieron que objetar los lugartenientes de la Máscara Roja al plan estratégico de su jefe. Fueron dadas las órdenes con pasmosa

celeridad, y unos instantes después, en los píccachos de las montañas, en las dunas del desierto, empezaban a brillar las hogueras con que unas tribus se llamaban a las otras cuando se lanzaban a la guerra.

No tardaron en ser vistas las hogueras por los habitantes de la alcazaba y en el acto se suspendieron festejos y diversiones.

El capitán Fontaine, que había sido el primero en subirse a uno de los torreones de la fortaleza, para otear desde allí las maniobras de los indígenas, dijo a los que le acompañaban, señalando las hogueras que ardían aquí y allá, como ojos de monstruos en la noche:

—¡Esto es otro desafío de la Máscara Roja!... ¡Pero yo les aseguro a ustedes que será el último!

—¿Vamos a atacar ahora?—preguntó un oficial.

—Si el general da licencia, sí.

—Pero, de noche, ¿cómo vamos a descubrir su escondite?

—No lo sé; pero lo descubriremos.

No le fué difícil a Pablo Fontaine obtener la licencia del general Birabeau, y todas las fuerzas de la guarnición abandonaron el fuerte para salir en busca de un enemigo quimérico.

Sólo quedaron en la alcazaba los centinelas, la escolta personal del general Birabeau, y el propio general en persona, que no quiso dejar sola a su sobrina.

VIII

Era el momento esperado por la Máscara Roja. Ocultos en un declive del terreno vieron los jinetes rebeldes cómo se alejaban las tropas francesas en dirección de las montañas vecinas, donde, sin duda, sospechaban que se hallaban acampadas las tropas del jefe insurrecto.

Entonces avanzaron la Máscara Roja y sus hombres, y Hassim, con algunos de sus secuaces se adelantaron sigilosamente y cayeron sobre los centinelas antes de que éstos pudieran lanzar un solo grito.

Vencido aquel obsfáculo, entraron el resto de las tropas en el patio de la alcazaba. El general Birabeau no tuvo más remedio que rendirse ante la fuerza a pesar de sus brios.

La Máscara Roja avanzó hacia Margot, e inclinándose ante ella con el ceremonioso saludo árabe, le dijo:

—Vengo a cumplir mi promesa, cristiana.
—¿A qué promesa te refieres? — preguntó Margot.

—A la de llevarte conmigo al desierto.

—¡No será ahora, ni nunca!

Y Margot Bonvalét, echándose la mano al bolsillo, con gesto decidido sacó un pequeño revólver y con él apuntó al pecho del foragido. No se inmutó éste, antes al contrario, sonriendo con una sonrisa de seguridad, de superioridad, dijo a la joven, al mismo tiempo que adelantaba un paso hacia ella:

—Dispara, si así lo quieres, cristiana... aquí está mi corazón.

Margot no disparó. El revólver cayó de sus manos, y fué aquel movimiento de vencida algo así como una declaración de su derrota.

La Máscara Roja no perdió el tiempo en vanas palabras. No era la hora de hablar, sino de obrar. Dulcemente, la tomó en sus brazos, la sacó del fuerte y con la dulce carga volvió a montar a caballo.

Un poco después, los raptores se perdían a lo lejos, entre nubes de arena.

Cuando el capitán Fontaine y sus tropas regresaron a la alcazaba, después de más de una hora de vanas pesquisas, sólo hallaron en el interior del fuerte al general Birabeau maniatado y profiriendo maldiciones contra los indígenas del desierto y aun contra toda la raza africana,



— ¡No será ahora, ni nunca!

A las preguntas del capitán Fontaine, refirió lo único que sabía: que la Máscara Roja había estado allí; que le había sido inferida a él la grave ofensa de maniatarle, a pesar de sus insignias, y que aquellos foragidos se habían llevado a Margot Dios sabe a qué misteriosos escondites.

Y terminó diciendo:

— ¡Y esta afrenta me la pagará ese miserable nada menos que con su vida!

El capitán Fontaine se puso a sus órdenes

para seguir al jefe rebelde hasta su guarida —era su especialidad—, pero el Gobernador le respondió:

—Le agradezco su ofrecimiento, Fontaine, pero, créalo, prefiero ir solo.

—¿Desconfía usted de mí?

—Desconfiar, precisamente, no... Lo único que sucede, y no lo tome a mal, es que usted ya ha demostrado su incompetencia para perseguir a ese bandolero.

—¡Mi general!...

—Dejemos esto, Fontaine... Usted tome el mando de la posición, que yo iré personalmente esta vez a buscar la madriguera de esa pesadilla que se llama la Máscara Roja.

PIDA el nuevo CATALOGO de
“BIBLIOTECA FILMS”
que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales. **LOS DIEZ**
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS’

Lo remite gratis:

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

IX

Entre tanto, la Máscara Roja atravesaba las montañas que se perfilaban a lo lejos, y con su preciosa carga, y seguido de sus hombres, avanzaba hacia las vertientes opuestas.

Era un espectáculo extraordinario el que se ofrecía allí a los ojos del viajero.

El desierto terminaba al pie de las montañas, como si éstas fuesen un dique puesto en tal sitio por la Naturaleza. Al otro lado de las montañas nada recordaba la visión desoladora del mar de arena. Todo era allí frondoso, verdura; como en un país de ensueño, surgían por doquier jardines umbríos, bosquecillos cuidados por la mano hábil de un buen jardinero, que ofrecían al viandante el fresco regalo de su sombra; arroyos, regatos, surtidores, cascadas: la canción del agua unida a la canción de la fronda.

Entre tanta maravilla, en la que la Naturaleza tenía su parte principal, se levantaban otras maravillas que eran debidas exclusivamente a la mano del hombre.

Eran palacios; edificios ligeros y graciosos construidos al gusto árabe.

Digámoslo de una vez: aquel vergel paraíso no era otra cosa que los dominios de Alí Ben Alí, Señor de todas las tribus del desierto, al que prestaban homenaje, pagaban tributos y rendían pleitesía todos los indígenas nómadas que no gustaban de plegarse a la soberanía de la civilización de Occidente.

Al palacio de Ben Alí, que era el mayor y el más sumptuoso de los qué ornaban aquel paraje magnífico llevó la Máscara Roja a su prisionera.

Era un palacio en el que abundaban, como en los de los Califas de "Las mil y una noches", los oros y los mármoles. Por todas partes, una abundancia de riquezas, un conjunto recargado de adornos, que contrastaban extraordinariamente con la pobreza, y aun la miseria, de los indígenas que llegaban hasta allí en súplica de socorros o en demanda de justicia.

El jefe de las cabilas del desierto fué conducido inmediatamente a presencia de Alí Ben Alí, el cual, saludándole cortésmente al modo árabe, le dijo:

—Siempre es tu visita un gran honor para mí, protector de mis gentes.



El harén de Ben Alí

La Máscara Roja le mostró con un gesto a su prisionera, la cual, desde que habían entrado en los desfiladeros de las montañas, llevaba los ojos vendados.

Ben Alí se dirigió entonces a sus eunucos, que a la puerta esperaban sus órdenes, y les hizo desalojar la sala de las mujeres que alegraban la vida de aquel Soberano de tan limitados dominios.

Era Alí Ben Alí un cuarentón muy pagado de su persona. Usaba unos bigotes muy cara-

colados y una barbita en punta, que, sin quererlo él, le restaba jactancia, prestándole en cambio un aire ciranescos, que casaba mal con su inteligencia adormecida por una vida de molicie y de regalo.

¡Su harén! Todos los árabes de los alrededores ponían los ojos en blanco cuando hablaban del harén de Ben Ali. Para ellos, el Paraíso que ofreció Mahoma a los fieles, debía ser algo así como el harén del pequeño Soberano. Las mujeres más hermosas de África estaban allí, sin otra misión que la de hacer la vida amable a su Señor.

Quedaron solos en la estancia, Ben Ali, la Máscara Roja y Margot Bonvalet, ésta última aún con los ojos vendados.

El jefe de las tribus disidentes tomó del brazo al dueño del palacio, y alejándose a un extremo de la sala, a fin de que no fuese oido por Margot lo que tenía que decirle, le habló así:

—Señor, no voy a echarte en cara mis acciones, pero permítame que te recuerde lo que llevo hecho en estos últimos tiempos por tus gentes... Gracias a mí, son hoy respetadas por los colonizadores, y han desaparecido la miseria y el hambre, que hasta ahora las habían acompañado siempre.

—No olvido lo que has hecho—respondió Ben Ali—, ni lo olvidaré jamás.

—Eso era lo que deseaba oír de tus labios...

Ahora, dime, señor: si yo te pidiese un favor, ¿me lo concederías?

—Sin vacilar. Puedes disponer de lo mío como si fuese tuyo.

—Gracias. Se trata de mi prisionera... Comprenderás que si la he traído aquí, es porque me inspira un gran interés.

—Lo sospechaba.

—Es la sobrina del general Birabeau, el Gobernador de la alcazaba. La amo, y deseo contraer matrimonio con ella.

—¿Ella corresponde a tu amor?

—Creo que sí. De todos modos, no me casaré sin su consentimiento... Por eso te pido que la guardes aquí, hasta que logre convencerla. En mi campamento podría ser descubierta por los hombres de su raza.

—Confía en mí. Mi palacio está a tu disposición, y a la de ella.

—Gracias otra vez, señor.

Unos momentos después Margot era conducida al baño por las esclavas de Ben Ali.

No hizo la muchacha el menor gesto de resistencia. Aquella aventura no la desagradaba; su temperamento romántico veía, al fin, satisfechas todas sus ansias de vida extraordinaria. Es cierto que había sido raptada por un hombre colocado fuera de la ley; pero, ¿aquel hombre era, en realidad, un foragido?

—No. Su corazón le decía que no.

No podía sospechar, ni remotamente quién

fuese aquel aventurero; pero, desde luego, podía afirmar que no era un hombre vulgar.

¿Quién sería? ¿Tal vez un Príncipe disfrazado?

Mientras que ella se entregaba a tales reflexiones, entre los hombres de la Máscara Roja empezaban a discutirse, por primera vez, los actos de su jefe. Era el avieso Hassim el que llevaba la voz cantante, el que atizaba la hoguera de la rebelión.

—Por qué había raptado la Máscara Roja a la sobrina del general Birabeau? ¿No comprendía que aquello podía ocasionarles muchos disgustos? Era lo natural que las tropas francesas, que hasta entonces podía decirse que se habían mantenido a la defensiva, tomasen la ofensiva, descubriesen su guarida y los barriesen a todos, empleando la superioridad innegable de su fuerza.

¡No! ¡Ellos no estaban dispuestos a morir como ratas!

Muy bien que arriesgasen su vida por causas que tuviesen algún interés para ellos, para la comunidad. Pero, ¿qué beneficio obtendrían ellos del rapto de Margot Bonvalet? El único que saldría beneficiado sería el jefe...

Y al decir esto, Hassim guiñaba los ojos picarescamente.

Se decidió que una comisión formada por los lugartenientes de la Máscara Roja se dirigirían a Alí Ben Alí, a fin de que éste inter-

pusiese su influencia cerca del jefe en favor de sus soldados.

No pudo negarse Ben Alí, y, teniendo junto a él a los jefes de grupos, hizo venir a su presencia a la Máscara Roja.

Cuando el supuesto foragido entró en la sala, que tenía una vaga apariencia de tribunal, preguntó, extrañado:

—¿Qué sucede?

Ben Alí se levantó del sitial en que se hallaba sentado, y salió a su encuentro, poniéndole una mano sobre el hombro.

—Tus hombres piden que se ponga en libertad a tu prisionera.

—¿Mis hombres?... ¿Quién les ha preguntado su opinión?

—Ellos juzgan que es demasiado arriesgado el conservarla.

—Soy yo quien he de juzgar, y no ellos!

—Reflexiona, Sidi... Es en tu propio interés.

—Lo tengo todo reflexionado.

Y volviéndose a sus hombres, que le miraban sin atreverse a hablar, exclamó:

—¡Yo soy vuestro jefe! ¡Tenéis que obedecer mis órdenes sin discutirlas!

Miró a todos con aire de reto, como esperando que alguien replicase.

—¿Hay alguno que pretenda disputarme el mando?

Silencio general. Las miradas de aquellos hombres cuyo elemento era la lucha, se clavaron en el suelo.

—¡Mi espada está pronta! ¡Si hay alguno que crea valer más que yo, que mida sus armas conmigo!

Uno a uno, en silencio, fueron retirándose los lugartenientes. La Máscara Roja seguía siendo el Jefe indiscutible.

alrededor de la sala. Los ojos de H. y los de sus amigos se posaron en el libro que llevaba en la mano. La máscara roja se acercó al libro y lo abrió. Se oyeron pasos apresurados en el pasillo y el ruido de la cerradura.

PIDA el nuevo CATALOGO de
“BIBLIOTECA FILMS”
que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales. **LOS DIEZ**
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS

Lo remite gratis:

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
envíe del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqués gratis

X

—Te traje aquí, Margot, para impedir que seas la esposa de un hombre que no amas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque leo en tu pensamiento.

Hablaban el raptor y su prisionera en la Cámara de los Divanes Plateados, donde había sido conducida Margot después del baño. A decir verdad, más que raptor y prisionera, parecían un Romeo seguro de sí mismo y una Julieta acostumbrada al flirt y al coqueteo.

—Aunque sea cierto que no ame a Pablo Fontaine, a ti no debe de importarte.

—¿Amas a otro entonces?

—Quizá...

—Si amas a otro... dime quién es.

—¿Tienes mucho interés en saberlo?

—Sí.

—Pues sábelo... Es mi primo Pedro, el hijo del general Birabeau.

La Máscara Roja tuvo un gesto de estupefacción.

—¡No es posible, Margot! ¡Yo no puedo creer que ames a ese infeliz!

—No te pido que lo creas.

Pareció reflexionar un momento la Máscara Roja, y después se encaró con Margot:

—¡Pedro está aquí!

—¿Aquí?

—Le hemos traído prisionero también... Si, en efecto, le amas, lo traeré a tus brazos.

Y, sin esperar respuesta, salió el jefe de los rebeldes de la Cámara de los Divanes Plateados. Un segundo después, en una habitación contigua, se despojó de sus vestiduras árabes, bajo las cuales se escondía Pedro Birabeau, y volvió a presentarse a Margot.

La muchacha, al verle, corrió a abrazarle; pero el aire de Pedro era más embobado que nunca, y sus brazos cayeron con desaliento a lo largo de su cuerpo.

—¡Margot!

—¡Margot! ¡La Máscara Roja me lo ha dicho todo! ¡Sé que me quieras!

—Perdóname, Pedro... Lo dije... por salir del paso...

—No te comprendo...

—Es difícil de explicarlo... Ese hombre me domina, me subyuga...

—¿No querrás decir que amas a ese bandido, verdad?



Hassim rompió ante sus ojos la espada

—No puedo evitarlo, Pedro... ¡Le amo!

Y entonces sucedió algo extraordinario. Pedro, en vez de entristerce, lanzó un grito de alegría y salió a toda prisa de la estancia.

Quedóse sola Margot en la Cámara de los Divanes Plateados, entregada a sus reflexiones, sin acertar a explicarse la actitud de su primo.

Un buen rato estuvo así. Sacóla al fin de sus abstracciones el ruido que llegó hasta ella,

procedente de una habitación vecina. Se aproximó...

El general Birabeau estaba allí. Acababa de llegar, acompañado de Azuri, la mestiza, que le había guiado hasta el palacio de Ben Ali, esperando que sería aquella la ocasión de su venganza.

Frente al general estaban el dueño del palacio, la Máscara Roja y los jefes de su banda. Margot, sin pensarlo, corrió a ponerse al lado del hombre que amaba, y el gobernador de la alcazaba, dirigiéndose a él con ademán decidido, le dijo:

—¡Vengo a rescatar a mi sobrina!

La Máscara Roja se volvió a su prisionera.

—Elige, Margot. Puedes volver con él, si es tu gusto...

Pero la muchacha, por toda respuesta, se abrazó a su raptor.

El general, fuera de sí, gritó:

—¡Si no viene de grado, me la llevaré por la fuerza!

—Por la fuerza, no—respondió la Máscara Roja.

—Azuri me ha dicho que si eres vencido una vez, tus hombres te desterrarán... ¿Aceptas mi desafío?

Olvidado de su verdadera personalidad, el jefe de los rebeldes echó mano a la espada, mientras que el general sacaba la suya. Pero, de pronto, recordó... Recordó que el hombre

con quien iba a batirse era su padre; y la espada volvió a su vaina.

El general Birabeau, en el colmo de la ira, gritó:

—¡Ya sabía yo que no te atreverías!... ¡Pero yo sé cómo obligar a batirse a un cobarde!...

Y sacándose un guante, abofeteó a la Máscara Roja. Al recibir éste la afrenta, su mano volvió a crisparse sobre la empuñadura de su espada, pero fué un segundo nada más. Se dejó caer sobre un diván, ocultando el rostro entre las manos.

Entre la estupefacción general, el gobernador de la alcazaba cogió por un grazo a su sobrina y salió con ella del palacio de Ben Ali.

—¡Te negaste a batirte! Sólo podemos ofrecerte el destierro... y una espada rota.

El sol salía en aquellos momentos, como queriendo gozarse también en la vergüenza del caído; y todos aquellos hombres cayeron de hinojos sobre la arena del desierto, prostrándose para adorar a Alá Todopoderoso.

Mientras tanto, en la alcazaba, todo parecía haber vuelto a su curso normal. Margot Bonvalet dormía en sus habitaciones, soñando quizás con la Máscara Roja, vencida por las emociones de la víspera.

El general Birabeau no había podido dormir, preso de una extraña inquietud, que man-



— Le quería como no volveré a querer a nadie

tenía sus nervios en tensión, obligándole a moverse, a andar, a dar órdenes, a entregarse a una actividad innecesaria.

Innecesaria, porque todo estaba hecho ya. En cuanto había regresado al fuerte, después de su altercado con la Máscara Roja, se había apresurado a dar órdenes de que saliese inmediatamente un destacamento, al mando del capitán Fontaine, para apoderarse del jefe de los rebeldes, muerto o vivo. Y, naturalmente, Fontaine no se había hecho repetir

la orden. Unos segundos después de recibida ésta, cabalgaba al frente de sus hombres a través del desierto, en busca del escondite de la Máscara Roja.

El general se quedó en pie; no quiso acostarse, impaciente por ver al prisionero que Fontaine le traería. Necesitaba llenar de aire puro sus pulmones, y salió al patio de la alcazaba. Allí, con gran sorpresa suya, vió a Azuri, la mestiza, y rápidamente se acercó a ella.

—¿Qué haces aquí?

—Azuri viene a ver a la Máscara Roja entre tus soldados.

—Probablemente, nadie volverá a ver a ese hombre.

—¿Por qué?

—Mis tropas tienen orden de traerlo vivo o muerto... Y lo más seguro es que no se deje coger vivo.

Azuri sonrió como pudiera sonreír una víbora. Se acercó más al general, y con una voz en la que silbaba todo su odio, le preguntó:

—Si la máscara Roja muere... qué será de tu hijo?

—De mi hijo?

—Sí... de Pedro... ¿qué será de él?

—No te entiendo... Pedro está en Túnez desde hace dos días.



El enigma estaba descubierto

—Estás seguro?

—¡Basta de reticencias, Azuri! ¡Habla claro! ¿Qué es lo que quieres decir?

—Que Pedro no está en Túnez.

—¿Que no está en Túnez?

—No. Ha sido degradado por sus hombres... por negarse a batirse con su padre.

El general Birabeau se precipitó sobre Azuri y sus manos poderosas, como garras, se clavaron en su cuello.

—¡Habla! ¡Habla de una vez!... ¿Quieres decirme que mi hijo es la Máscara Roja?

—Exactamente... Pero no aprietas tanto, señor... ¡me haces daño!

—Y tú, sabiendo que era mi hijo, has dejado que mis tropas vayan a matarle!...

—¡Es mi venganza! Han ¡matado a tu hijo! ¡Es mi venganza!

Vaciló el general. Hubiera estrangulado a aquella víbora; pero se contuvo... Un clarín acababa de sonar a lo lejos. El general ascendió a las almenas de la alcazaba, para, desde allí, ver lo que ocurría.

Eran sus tropas que se acercaban, mandadas por el capitán Fontaine. No vió más; no quiso ver más. Bajó de nuevo al patio, a tiempo que Pablo entraba y, cuadrándose ante su jefe, le decía con aire triunfante:

—¡La Máscara Roja ha muerto!

El general Birbeau sintió que sus piernas le flaqueaban, que se le nublaba la vista... y se apoyó en el brocal del pozo.

Sin advertir lo que pasaba en el ánimo del gobernador, el capitán Fontaine continuó:

—Lo mató un hombre civil... el que usted menos supone.

Y señalando a la puerta, añadió:

—Su hijo Pedro.

En efecto, Pedro Biabeau entró en aquel momento, llevando en sus manos el alquicel y el antifaz del jefe reebilde.

—¡Yo, papá... yo maté a la Máscara Roja! El general lo abrazó emocionado.

—¿No me creías tan valiente, verdad, papá? Y Biabeau, acercándose a su oído, le dijo:

—Fuiste más valiente cuando te negaste a batirte conmigo.

La expresión de idiotez desapareció al instante del rostro de Pedro, y volviéndose a su padre, dijo con acento contristado:

—Lamento de veras que hayas sabido la verdad...

—Yo no sé nada, hijo, excepto que la Máscara Roja se ha ido para siempre... y que se debe a ti.

Unos minutos después, Pedro estaba al lado de Margot, que había acudido al oír la llegada de las tropas. Ella se le acercó:

—Pedro... me han dicho que mataste a un hombre indefenso.

—Le querías realmente, Margot?

—Le quería como no volveré a querer a nadie.

Entonces Pedro huyó, se vistió con las ropas de la Máscara Roja y volvió a presentar-

se ante Margot. El enigma estaba descubierto. La Máscara Roja había desaparecido, pero en cambio quedaba Pedro, que en vez de ser un pobre tonto, era un hombre dotado de un espíritu aventurero, de un alma llena de poesía... y que, por añadidura, estaba locamente enamorado de su prima.

FIN

No deje de leer las novelas de los grandes éxitos de esta temporada

EL REY VAGABUNDO



Creación de la beldad
Jeanette Mac Donald
y del nuevo "as" cinematográfico
Dennis King

EL GENERAL CRACK



por el célebre y admirado artista
John Barrymore

Precio del tomo: UNA PESETA

PEDIDOS A
Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona.
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis



SOLAMENTE
en
BIBLIOTECA
FILMS
encontrará
sus
creaciones
inmortales

DOUGLAS
FAIRBANKS
el Gauchito

EL SIGNO DEL ZORRO	50 cts.
(4. ^a edición)	
DON Q., HIJO DEL ZORRO	50 cts.
(3. ^a edición)	
E L G A U C H O	50 cts.
(3. ^a edición)	
EL PIRATA NEGRO	25 cts.
(3. ^a edición)	
LA FIERECILLA DOMADA	UNA peseta

Pedidos a

Biblioteca Films · Apartado 707-Barcelona
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
séntimos para el certificado.

Tarjetas postales al Bromuro y esmaltadas

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

Serie A

Clara Bow
Sue Carol
Dolores del Río
Janet Gaynor
María Casajuana
Ramón Novarro
Charles Farrell
George O'Brien
John Gilbert
Charles Morton

Serie B

Tom Mix
Tom Tyler
Charles Jones
Hoot Gibson
Fred Thomson
Rex Bell
Buffalo Bill
Fred Hu.nes
Chiquilín
Chispita

Serie C

Greta Garbo
Gloria Swanson
Lillian Roth
Vilma Banky
Mary-Douglas
Rodofo Valentino
Nils Asther
Adolfo Menjou
Richard Dix
Gary Cooper

Serie D

Los diez más sugestivos besos
por los artistas más simpáticos

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

EL DESFILE DEL AMOR	M. Chevalier
EL ARCA DE NOE	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO	Douglas Fairbanks
BEN-HUR	Ramón Novarro
LOS CUATRO DIABLOS	Janet Gaynor

NO SE VENDEN POSTALES SUELTA.S

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo
emitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado